

La rebelión de los indígenas bajo la dirección de Pablo Presbere (Talamanca 1709-1710)

Juan Carlos Solórzano Fonseca¹

Recibido: 06-08-10 / Aceptado: 25-02-2011

Resumen

Este artículo analiza la rebelión de los indígenas de Talamanca, liderados por los jefes Pablo Presbere y Pedro Comesala en setiembre de 1709. Esta rebelión es interpretada en el contexto de la historia de Talamanca previa a la sublevación y con relación a la presión ejercida por los indígenas misquitos, aliados de los ingleses, y de otros grupos indígenas sobre las poblaciones autóctonas talamanqueñas. Brinda información de carácter etnológico y estudia tanto la organización de la insurgencia indígena como la represión del poder hispánico en la región. Concluye con un esbozo de la figura de Pablo Presbere como el más importante símbolo de resistencia de los indígenas ante la agresión exterior.

Palabras claves: historia, etnohistoria, resistencia indígena

Abstract

This article analyzes the indigenous rebellion in Talamanca under the leadership of Pablo Prebere and Pedro Comesala in September of 1709. This uprising is analyzed in the historical context of the region prior to the rebellion and in relation to the pressure exerted by the Misquito indians, allied with the English, and by other indigenous groups on the Talamancan indians. It offers ethnological information on the Talamancan populations and examines both the organization of the indigenous insurgency and the Spanish repression in the region. Finally it examines the figure of Pablo Presbere as the the most important symbol of resistance for the Costa Rican Indians against outside aggression.

Key words: history, ethnohistory, indigenous resistance

¹ Costarricense. Historiador. Catedrático jubilado de la Universidad de Costa Rica. Correos electrónicos: firuli@mikecr.com y firuli@yahoo.com

Introducción

Durante el período colonial, los españoles se asentaron predominantemente en la región del Valle Central, donde lograron someter a la población indígena que antes se encontraba agrupada en los cacicazgos de Garabito (sección occidental) y del Guarco (sección oriental). La población indígena declinó muy rápidamente, por lo que, desde la ciudad de Cartago (la capital colonial), se enviaron diversas expediciones militares con la intención de someter a los habitantes de la región del Caribe Sur, ocupada por numerosas comunidades de poblaciones autóctonas que lograron repeler a los primeros conquistadores españoles.

Al comenzar el siglo XVII, debido al drástico descenso demográfico de las comunidades indígenas del interior del país, los españoles avanzaron hacia el territorio cercano a la actual población de Suretka, donde fundaron la ciudad de Santiago de Talamanca en el año de 1605. Durante cinco años permanecieron allí y se instaló un pequeño grupo de colonos que comenzó a comerciar con el exterior empleando para ello el río Sixaola.

En 1610, una rebelión generalizada de los indígenas bajo la dirección de varios líderes locales, entre éstos Guaycorá, logró desalojar a los colonos, incendiar la ciudad de Santiago de Talamanca y expulsar a los españoles durante un siglo de la región talamanqueña.

Casi 100 años más tarde, frailes misioneros franciscanos, escoltados por pequeñas columnas de soldados, lograron penetrar nuevamente en Talamanca y empezaron a fundar pueblos de misión, hacia donde eran llevados los indígenas que vivían dispersos en las riberas de los ríos y en otros lugares.

La intención de los frailes era “civilizar” a los indígenas. Dentro de la concepción del colonialismo hispánico, se pretendía que los indígenas abandonaran sus patrones culturales tradicionales, se poblaran en torno a iglesias, estableciendo sus moradas de acuerdo a un patrón ordenado, y aceptaran la religión católica, así como comportamientos que los misioneros consideraban fundamentales para vivir de manera civilizada.

El sistema de misiones constituyó la forma en que, durante toda la época colonial, los españoles pretendieron extender su ámbito de dominio hacia las regiones que habían escapado del control español durante la conquista. Este sistema misional se impuso en todo el Imperio español, desde Texas y Florida en el norte, hasta los territorios meridionales de Chile y Argentina. También se intentó aplicar en toda la región del Caribe centroamericano e igualmente en Panamá, Colombia y Venezuela.

La suerte de las misiones varió de país en país. En algunos fue exitoso y garantizó la relativamente rápida integración de los indígenas al ámbito cultural hispánico. Así, por ejemplo, en Venezuela, según lo observó el naturalista alemán Alexander von Humboldt en 1799, los frailes misioneros habían logrado concentrar a miles de indígenas en las misiones, en donde, al cabo de dos o tres generaciones, los autóctonos olvidaban sus lenguas nativas, adoptaban el castellano como idioma y, con ello, los patrones de comportamiento de los colonizadores españoles (Humboldt, 1971, p. 178).

En otros territorios, los indígenas se opusieron encarnizadamente a la presencia de los misioneros y lograron expulsarlos mediante rebeliones. En estos casos, los indígenas reforzaron sus valores tradicionales, pudiendo mantener su independencia hasta los años de la formación de las repúblicas que surgieron en América después de la independencia de España.

El caso de Talamanca constituye un ejemplo de esta última situación: los frailes ingresaron a fines del siglo XVII en Talamanca, lograron fundar más de una docena de pueblos de misión e inclusive realizaron traslados de población de indígenas desde la costa del Caribe hacia la región del Pacífico sur. Sin embargo, una rebelión generalizada estalló el 28 de setiembre de 1709, bajo la dirección de varios líderes, entre éstos Pablo Presbere, quien es el personaje indígena más recordado por su lucha contra la dominación hispánica.

Para entender las razones del relativo éxito inicial de los misioneros y de la posterior sublevación y triunfo de la rebelión indígena en Talamanca, es necesario analizar el contexto internacional.

El contexto internacional

A partir de la tercera década del siglo XVII diversas potencias europeas comenzaron a disputar la hegemonía que los españoles tenían en América desde el descubrimiento de este continente. En el Caribe, varias islas de las Antillas fueron tomadas por holandeses, franceses, ingleses y daneses desde cuyos puertos se organizaban expediciones de saqueo hacia los puertos españoles.

En 1634, la isla de Curazao cayó bajo poder de los holandeses, donde se instaló una importante comunidad de judíos sefarditas, quienes comenzaron a comerciar con los colonos españoles de la región de Maracaibo (Venezuela) e igualmente intentaron establecer relaciones comerciales en distintos puntos de las costas de Centroamérica.

Dos décadas más tarde, la isla de Jamaica cayó en manos de los ingleses, quienes también establecieron vínculos con los habitantes de las costas de Centroamérica.

Los comerciantes procedentes de Jamaica, hacia 1660, habían logrado forjar una alianza con los grupos de indígenas hoy día conocido como los miskitos, habitantes de la región del Caribe de Nicaragua. Este grupo étnico, que los españoles llamaban “zambos-mosquitos”, iniciaron desde esos años acciones de saqueo en los puertos centroamericanos. Aparte de otras actividades, se dedicaron a organizar expediciones en busca de mano de obra indígena. Salían en canoas desde sus asentamientos en Nicaragua, recorriendo grandes distancias que los llevaban hasta la región de Bocas del Toro (hoy día en Panamá). Se internaban río arriba con sus canoas por los ríos del Caribe, atacando violentamente las aldeas de los indígenas establecidas a orillas de esos ríos. Como los miskitos disponían de armas de fuego que los ingleses les suministraban, lograban vencer a los indígenas, a quienes apresaban para llevarlos esclavizados hacia Jamaica y otros asentamientos que los ingleses habían comenzado a establecer en la región del Caribe de Nicaragua. En ambos lugares, los colonos procedentes de Inglaterra iniciaron el desarrollo de plantaciones de azúcar, cuyo consumo se popularizó a comienzos del siglo XVIII en Europa. Desde esos años los indígenas de Talamanca empiezan a sufrir los ataques periódicos de los miskitos que ingresaban a sus territorios remontando el río Sixaola.

Por otro lado, la presión colonizadora española procedente de los centros de población hispánica de Natá y Santiago de Veragua en la Audiencia de Panamá, causó la migración de grupos de indígenas habitantes de los actuales territorios de Veraguas, Chiriquí y Bocas del Toro, que comenzaron a desplazarse hacia la zona fronteriza entre la gobernación de Costa Rica y la Audiencia de Panamá. Esto dio lugar a enfrentamientos entre las etnias autóctonas de Talamanca y las recién llegadas.

Es en este contexto de exacciones por parte de los “zambos-mosquitos” (miskitos) y conflictos con grupos de indígenas procedentes de Panamá, que debemos situar el relativo éxito inicial de los misioneros en su intento de fundar pueblos de misión en Talamanca.

El avance de los españoles en Talamanca a partir de 1640

En las décadas de 1640 y 1650, los gobernadores Juan Fernández y Rodrigo Arias Maldonado, ante las posibilidades de poder exportar cacao a Curazao, decidieron lanzar una expedición hacia la región de Talamanca con la intención de someter a los indígenas *urinamas* y *talamancas*, y obligarlos a plantar árboles de cacao en las márgenes del río Matina y su afluente, el Barbilla. Se fundó un poblado con estos indígenas: San Bartolomé de Urinama en el borde norte de Talamanca. Algunos indígenas fueron llevados permanentemente a las áreas de siembra del cacao, en tanto a otros se les trasladaba periódicamente, durante la cosecha. De esta manera, desde mediados del siglo XVII, se inició el “ciclo cacaotero” en la región del Caribe central de Costa Rica, el cual se mantuvo hasta fines del siglo XVIII. Gracias a la exportación de este producto, Costa Rica estableció enlaces comerciales con los holandeses de Curazao, así como con ingleses procedentes de Jamaica.

A mediados de 1665, llegó a Costa Rica otro gobernador, don Juan López de la Flor, quien intentó expandir la producción cacaotera en las plantaciones de Matina. Para ello requería de más mano de obra indígena, por lo que, en abril de 1666, envió al capitán Juan de Vidamartell al mando de 80 soldados rumbo al territorio de Tariaca. Una vez allí, logró aprisionar a unos 63 indígenas de todas edades y sexos (Fernández, 1975, p. 114). Vidamartell dejó una guarnición de soldados en una fortificación levantada en el

pueblo de Tucurrique, la cual se pensó podría utilizarse posteriormente como punto de partida para el envío de nuevas expediciones hacia Talamanca.

Ese mismo año de 1666, una fuerza expedicionaria de piratas desembarcó en Portete, pasó luego a Matina y continuó después hacia el poblado indígena de Turrialba. Los indígenas urinamas decidieron alertar a los españoles y apoyarlos en su defensa contra los extranjeros. Bajo la dirección del cacique Esteban Yapirí, un numeroso contingente de indígenas armados de arcos y flechas se dirigieron hacia Cartago y alertaron al gobernador del peligro.

Los indígenas de las parcialidades y pueblos de Pococí, Chirripó, Tariaca y Teotique, fueron concentrados en pueblos de reducción después de este episodio. Se formó así la doctrina de Chirripó con las cuatro parcialidades de Teotique (cerca de Tuís), San Mateo de Chirripó (en la quebrada de Sibuvu), San Salvador (fundado en 1640) y Güisirí en el paso del río Pacuare (Barrantes, 1985, pp. 27, 43). Sin embargo, como los españoles comenzaron a obligar a los indígenas a limpiar terrenos y sembrar cacao en las vegas de los ríos Matina y Barbilla, pronto empezaron a abandonar los poblados de reducción.

Los españoles, ante la huida de los indígenas, decidieron recurrir a los frailes en vez de expediciones militares. A partir de 1675 comenzaron a ingresar a la región de Talamanca misioneros pertenecientes a la orden de los franciscanos observantes (González, 1988, p. 107).

Al principio, los frailes fueron relativamente tolerados y éstos empezaron su labor de sacar a los indígenas de sus rancherías para poblarlos en los nuevos centros de reducción o pueblos de misión.

La aceptación de los indígenas de vivir en estos pueblos significaba una radical transformación de su tradicional modo de vida. Entre los cambios pueden mencionarse la monogamia en vez de la poligamia, lo que tenía un impacto negativo en el trato a los ancianos, quienes eran cuidados en forma rotativa por los distintos hijos que procreaban con diferentes mujeres. Los frailes pretendían también que los indígenas vivieran en ranchos en los que se agruparan grupos familiares formados únicamente por los padres y los hijos, a diferencia de los amplios ranchos tradicionales, en los que se reunía toda una parentela conformada por individuos relacionados entre sí, unas 12 ó 15 personas.

Esta imposición iba en contra de las necesidades de los indígenas que se congregaban de esta manera con el fin de distribuirse las numerosas tareas propias de su modo de vida. También significaba someterse a restricciones de orden sexual y moral, así como aceptar sistemas de creencias religiosas extrañas a sus costumbres (Ruz, 1991, p. 77).

En 1675, fray Juan de Matamoros informaba que había bautizado, junto con el fraile Claudio Aguiar, a 112 indígenas, hombres, mujeres y niños, de lo que denomina “naciones cabécaras, nacuebas, cirurus, chicaguas, tariquí, taricí, urinamas, urarubos”, y que ubica “en la Talamanca, de la parte del río Tarire a la de la mar del norte hasta el río de la Estrella (actual Changuinola)” (Fernández, 1886, tomo V, p. 353).

A pesar del avance misional, al año siguiente se sublevaron los urinamas, amenazando la reducción de San Mateo de Chirripó, cabecera del partido de Tierra Adentro y de las recién fundadas misiones de Talamanca. En 1689 los pueblos de misión fueron atacados por los teribes, quienes mataron cinco indígenas urinamas y capturaron algunas mujeres, por lo que los frailes franciscanos observantes decidieron retirarse (Reverte, 1966, pp. 72-73).

El reavivamiento misional de los franciscanos y la rebelión de los talamancas 1709-1710

A fines del siglo XVII, la Monarquía Española recelaba que los ingleses intentaran apoderarse de algún territorio deshabitado en el istmo panameño y de esta manera cortar en dos sus posesiones en América.

Las autoridades coloniales en Guatemala temían que se produjera una alianza entre los ingleses y grupos de indígenas de la costa del Caribe, como ya se había producido con los “zambos-mosquitos” del este de Nicaragua. Propiciaron así enviar nuevamente a los frailes hacia la región de Talamanca. Esta vez la labor misional estuvo a cargo de los franciscanos *recoletos*, dos de los cuales llegaron a Cartago en 1689.

Tres grupos principales de indígenas poblaban esos años la región de Talamanca: cabécares, térrabas y biceítas. Los térrabas y cabécares vivían al sur del actual río de la Estrella: los primeros ocupaban principalmente los valles de las montañas a ambos lados

de la actual frontera con Panamá, y los últimos, la sabana. Los biceítas se encontraban más cerca de la costa y de Atirro, último pueblo de reducción. El investigador Claudio Barrantes los ubica en Alto Lari donde se localizaba el asiento principal de los bribris o biceítas. Constituían la más guerrera de las parcialidades talamanqueñas: diestros en el uso de toda clase de armas y siempre dispuestos al combate. Su talante guerrero derivaba de su constante enfrentamiento con los teribes con quienes colindaban. Casi todos los líderes guerreros de Talamanca eran biceítas. Los frailes recoletos lograron fundar dos pueblos con estos últimos: San Antonio, junto al Lari y más arriba Santa Ana. Se les denominaba “de visita” pues los frailes ingresaban en ambos periódicamente, a partir de su asiento permanente en Coén. (Barrantes, p. 29).

Hacia 1689, cuando los misioneros Antonio Margil de Jesús y Melchor López estaban a punto de ingresar en el territorio de Talamanca, el único grupo talamanqueño en contacto con los españoles era el de los urinamas del alto Telire, que se supone constituía un grupo cabécar, denominado *partido de Urinama*. (Fernández, 1907, tomo VIII, p. 421). Este territorio Urinama era el mismo que con anterioridad los españoles denominaron como poblado de indígenas *aoyaques*. No obstante, como represalia por la muerte de fray Rodrigo Pérez a manos de los indígenas en 1622, los españoles los forzaron a poblarse en la reducción de San Juan de Aoyaque, cerca de Atirro. Simultáneamente obligaron a los *duqueibas* y *urinamas* a trasladarse a San Bartolomé de Duqueiba, que luego se llamaría San Bartolomé de Urinama.

Para los españoles la zona era bastante accesible, pues podían ingresar hasta allí con sus cabalgaduras. Más allá, en dirección a los valles centrales de Talamanca, era muy difícil ingresar a caballo. Por ello, en los años finales del siglo XVII, a Urinama se le consideraba como la “*llave de entrada a Talamanca*”.

Por otro lado, en la cadena de pequeños valles situados en el curso superior de los ríos Lari y Coén, se ubicaban respectivamente las naciones o tribus *biceíta* y *cabécar*. Los frailes de fines del siglo XVII generalizaron el término “*cabécar*” para denominar a los indígenas situados en los valles altos del Telire y el Coén, restringiendo el de “*talamancas*” para los bribris, quienes habitaban el curso medio del Coén y el llano del curso bajo del Telire, con excepción del territorio regado por el río Urén, que permanecía desocupado como consecuencia de las guerras que mantenían los pueblos

cabécar y bribri con los teribes, ubicados en las márgenes del río Tarire (el Telire o Sixaola) (Barrantes, 1985, pp. 27-29).

En 1689, los frailes Margil, López y Sebastián de las Alas salieron de Cartago con rumbo a las montañas de Talamanca. Desde Atirro se internaron en los territorios de Chirripó y Urinama, desde donde enviaron su primer reporte al presidente de la Audiencia de Guatemala.

La primera labor realizada por los frailes en Urinama, fue ir erigiendo capillas a partir de esta población (Ríos, 1959, p. 31). Luego pasaron a San Mateo de Chirripó, donde se encontraba una pequeña guarnición de soldados. Aquí permaneció el fraile Sebastián de las Alas, en tanto que Margil y López, acompañados por una escolta de soldados, se internaron en territorio talamanqueño. Los frailes habían traído algunas cabezas de ganado vacuno y porcino que distribuyeron entre los indígenas, junto con machetes, telas y otras mercancías. De esta manera lograron ganarse momentáneamente su confianza. Si los indígenas aceptaron ser bautizados, fue por la ventaja de recibir los objetos mencionados, pero los propios caciques desconfiaban de los frailes, a quienes consideraban espías de los españoles.

Los frailes, por su parte, tenían una concepción negativa de los indígenas, a los que llamaban "rapaces lobos", "obstinados en su ceguera idólatra", pero finalmente lograron que estos descendieran de "los empinados riscos en que tenían formados palenques" y trasladarlos "a las llanuras de aquellos valles". (Ruz, 1991, p. 78).

Dos frailes más se unieron a los anteriores, de manera que un total de cinco frailes concentraron sus actividades entre los indígenas que habitaban los territorios aledaños a los ríos Tarire (Telire), Ararí, Urén y Terbi. De acuerdo con el testimonio de los frailes, los indígenas vivían en poblaciones compuestas de:

... "algunos ranchos que llaman palenques constando cada uno de estos [poblados] de trescientas personas, poco más o menos, que se congregan todos los de la familia de aquél linaje, sin permitirse se mezcle uno con otro" (Prado, 1983, p. 71).

En 1691, el fraile misionero Margil declaraba haber establecido doce iglesias de techo y paja, y haber bautizado a diez mil indios, lo cual debía ser una exageración, acorde con la necesidad de resaltar la importancia de la labor misional con el fin de obtener apoyo financiero de la administración colonial. Igualmente daba cuenta de cómo la iglesia instalada en el pueblo de San José, entre Cabécar y Ujambor, había sido quemada por indígenas que vivían en ranchos rodeados de estacadas en lo alto de las montañas. Posteriormente, los frailes intentaron dirigirse hacia estos lugares pero los indígenas los rechazaron (Ríos, 1959, pp. 34-35).

En la región del Pacífico sur reforzaron el pueblo de San Francisco de Térraba, que había sido fundado en 1689 por los frailes observantes asentados en el pueblo de reducción de Boruca. Nuevamente trasladaron un grupo de indígenas teribes desde la vertiente del Caribe, quienes aceptaron concentrarse en este pueblo de reducción una vez que los frailes les obsequiaron varias decenas de cabezas de ganado vacuno (ANCR, Cartago N° 222, enero de 1719).

Establecidos en Boruca y Térraba, los frailes se internaron hacia las montañas, guiados por indígenas exploradores. Planeaban llegar a las alejadas poblaciones que algunos indígenas ocupaban en las partes altas de las montañas. A fines del año de 1690, a los frailes Margil y López se les unió el padre Sebastián de las Alas, quien se encontraba en San Mateo de Chirripó. Los tres intentarían evangelizar a los indígenas que vivían en rancherías rodeadas de empalizadas defensivas en las cumbres de las montañas. Luego de mucho esfuerzo, lograron erigir dos capillas, una dedicada a San Buenaventura y otra a San Andrés.

Según informaron los frailes en agosto de 1691, habían logrado erigir un total de 15 iglesias de misión en Talamanca. Estaban ubicadas según el orden siguiente a partir de Urinama: Santo Domingo, San Antonio, El Nombre de Jesús, La Santa Cruz, San Pedro y San Pablo, San José de los Cabécares, la Santísima Trinidad de los Talamancas, la Concepción de Nuestra Señora, Señora Santa Ana, San Andrés, San Buenaventura de los Uracales, Nuestro Padre San Francisco de los Térrabas, San Agustín, San Juan Bautista y San Miguel de Cabécar. Santo Domingo fue ubicado en las alturas que dividen Alto Telire y Alto Coén, (Barrantes, 1985, p. 28).

Las “iglesias” eran muy simples, fabricadas con maderos y ramas. Algunas de ellas contenían más de un altar y fueron decoradas internamente con cuadros de santos; sus tabernáculos fabricados con bejucos, adornados de grandes flores y plumas; pero desconocemos cómo eran realmente. La principal función de la iglesita era proveer abrigo para el altar, la sacristía y el púlpito. (Weisman, 1992, pp. 63-66).

En 1691, los frailes afirmaron que “*no quedaban paganos*” en la región puesto que todos los indígenas habían sido ya cristianizados, lo cual era evidentemente falso (Prado, 1983, pp. 38-39; Ruz, 1991, p. 79).

En 1695, dos nuevos frailes recoletos, procedentes de Querétaro, se unieron a fray Melchor López quien en ese momento se había quedado solo en Talamanca. Estos frailes eran Francisco de Zamora y fray Pablo de Rebullida. Se consideraba urgente la presencia de frailes en la región, pues los indígenas de varios pueblos se habían rebelado, quemado las ermitas y expulsado a los frailes a palos.

El padre Zamora obtuvo algunos logros, pues contó con la ayuda de los soldados destacados en el pueblo de Chirripó. Su labor misional la desarrolló entre los biceítas, al sur del río La Estrella. Por su lado, el padre Rebullida trabajó entre los cabécares y térrabas al sur del mismo río, es decir, en la zona donde los españoles habían sido desalojados durante la rebelión que destruyó Santiago de Talamanca en 1610. Rebullida realizó su labor misional entre los urinamas y los cabécares.

Gracias a la entrada de estos misioneros a Talamanca, a partir de la última década del siglo XVII, los investigadores cuentan hoy día con una documentación importante, pues los frailes escribieron una serie de informes sobre la región. Las poblaciones indígenas a las que hacen referencia los misioneros habitaban el Valle de Talamanca, constituido por la gran cuenca hidrográfica del río Telire, el cual corre de oeste a este desde las cumbres de la cordillera de Talamanca. Diversos ríos tributarios desembocan en la margen derecha de este río, formando un delta conocido como “el llano”, un territorio plano que contrasta con los montes escarpados de la cordillera.

Hacia 1697 los frailes informaban haber bautizado gran número de indígenas (algunos consignaron la cifra de 5.700) y fundado 62 pueblos de misión (Ruz, 1991, p. 80). No

obstante, es difícil aceptar que en tan corto tiempo dos misioneros hayan podido llevar a cabo tan amplia tarea de congregación de indígenas en poblados, sobre todo si consideramos que en algunas ocasiones los indígenas recibieron hostilmente a los frailes.

En 1699, otro fraile, Francisco de San José, se había unido a fray Pablo de Rebullida para evangelizar a los chánguenas. Sin embargo, ambos fueron atacados de improviso. Rebullida recibió una lanzada que lo tuvo al borde de la muerte. Además, los indígenas se apoderaron del altar portátil empleado para celebrar misa. Por esta razón, dos años después, Rebullida solicitó a la Audiencia de Guatemala que financiara el mantenimiento de una escolta de 30 soldados para apoyar las misiones.

En 1697 fray Francisco de San José escribió un extenso reporte en el que informa sobre las poblaciones existentes en Talamanca en esos años, así como de sus actividades: prácticas agrícolas, intercambios con otras poblaciones, creencias y algunas costumbres religiosas.

De acuerdo con la información del fraile, en la "*provincia de Talamanca*" vivían los indígenas de la *nación térraba* (es decir, teribes del Norte) distribuidos en unos 25 palenques o parcialidades. Estos estaban compuestos por grandes ranchos que albergaban al menos una docena de personas, lo que significa que estas poblaciones agrupaban a varias familias emparentadas. Tales aldeas estaban conformadas por un variado número de ranchos: seis de estas parcialidades tenían ocho o nueve ranchos, siete entre cuatro y seis, y doce de uno a tres. Nueve caciques en total tenían a su cargo la dirección de las diferentes parcialidades indígenas que agrupaban mayor número de palenques.

En el informe, el fraile explica el tipo de intercambios que los indígenas térrabas (teribes del Norte) mantenían con otras etnias. Dice que:

“Con los Borucas y Texabas (teribes del Sur), les dan mantas de algodón muy pintadas que sirven de colchas, sobremesas y cortinas; y los Borucas les dan sal, hachas, machetes, perros y otras cosas (...) A los chánguenas llevan sal y hamacas, y traen gargantillas de corales, plumas de diversos colores y algunos abalorios (...).

A la isla (de Tójar actual isla Colón) llevan hachas y machetes, y traen gargantillas y pretinas de corales (...). A los talamancas llevan sal y hamacas, y traen cañutos de hueso colorado que lo estiman mucho y algunos machetes que cambalachean éstos con los Urinamas por cacao” (Fernández, 1886, p. 370)

Del testimonio anterior se deduce que los objetos de procedencia española, especialmente los machetes que distribuían los frailes entre los indígenas congregados en los pueblos de reducción, entraban luego en los circuitos de intercambio y de esta manera llegaban a manos de los indígenas aún no sometidos a control hispánico. Respecto de los chánguenas, el fraile da la siguiente información: 12 parcialidades con un número de palenques que oscila entre dos y siete por parcialidad, para una suma total de 42 palenques y 14 caciques a cargo de la dirección de estas poblaciones. En cada palenque vivían de quince a veinte personas, entre una parcialidad y otra había medio día de camino. También indica el fraile y que no todos los chánguenas habían sido visitados por los misioneros, por lo que en realidad había un número mayor de parcialidades y de caciques que los indicados en el escrito del fraile.

Con relación a las poblaciones de la isla de Tójar, el informe señala que había cuatro parcialidades y en ellas 92 palenques; 32 palenques en la parcialidad más poblada y 12 en la menos poblada. Cada palenque tenía de 15 a 20 personas y un total de cien caciques. De acuerdo con los cálculos del fraile, en total había 5.750 personas, de las cuales 1.647 fueron bautizadas y 170 casadas por los misioneros. Es decir, aquellos que habían aceptado la religión católica eran muy pocos. Si las observaciones del fraile son correctas, resulta que las poblaciones en esta isla variaban de unas 240 personas para poblados de 12 palenques hasta 640 para poblados de 32 palenques. Fray Francisco de San José también menciona los frecuentes enfrentamientos que ocurrían entre algunas de estas parcialidades.

Respecto de la alimentación básica de los pobladores, el informe es elocuente, aunque desconocemos su grado de veracidad. Afirma:

“Los bastimentos de las tres primeras naciones son pocos y el maíz poquísimos; los plátanos aún andan escasos; los térrabas (teribes del Norte) son los más trabajadores y tienen más instrumentos por el trato común con los borucas; estos

tienen sus dos cosechas de maíz, pero en un mes se la comen al pie de la milpa, menos lo que las mujeres pueden asolear para volver á sembrar (...) lo comen cocido y asado y de él hacen chicha para beber. También tienen algunos frisoles (sic) y yuca y su temporada de ñame y pocos plátanos y las yerbas, y algunas temporadas son de hambre, en medio que son las mejores. Los de la isla (de Tójar) tienen plátanos todo el año y sus temporadas de pescado, maíz, yuca y pejibay (...) y una yerba amarga que llaman momo la comen en lugar de sal (...) y comen muy poca carne; en toda la montaña no hay más que puercos de monte, micos, tigres, lobillos y ratones y de todo poco” (Fernández, 1886, pp. 370, 373).

En algunas de estas parcialidades los frailes habían fundado sus iglesias: la de San Buenaventura, en la parcialidad de *Sañasuru*; la de San Andrés, en la parcialidad de *Quansan*; dos más en Concepción y Santa Ana; estas dos últimas entre la “*nación*” de los biceítas. Entre los chánguenas los frailes erigieron las iglesias de San Miguel, en la parcialidad de *Querulu* y la de San José en la parcialidad de *Zengo*. Por último, en la isla de Tójar edificaron una iglesia dedicada a la advocación de Nuestra Señora de los Dolores.

Respecto a las armas empleadas por los indígenas, el fraile menciona que todos disponían de flechas y lanzas (con excepción de los de la isla de Tójar, que sólo tenían lanzas) y “*algunas rodelas y tablillas tejidas de cordeles*”, y que los térrabas (teribes del Norte) y chánguenas disponían de rodelas de cuero de danta. Años más tarde, fray Melchor López diría que los indígenas eran: “muy obedientes a sus caciques pues a la menor seña que hacen con sus tambores se juntan todos ya para hacer algún palenque, ya para defenderse armados con flechas y lanzas...” (ANCR, Complementario colonial N° 5213, diciembre 1790).

En el año de 1699, luego de seis años de labor misionera, los frailes calculaban que en total se habían bautizado unas 7.400 personas en las misiones de Talamanca. No obstante, los misioneros consideraban que sin apoyo militar no podrían continuar con su labor de evangelización. (Fernández, 1886, pp. 384-385, 390).

El presidente de la Audiencia de Guatemala aprobó la petición de los misioneros para el financiamiento de una escolta militar, por lo que en Cartago se procedió a reclutar a los

soldados que acompañarían a los frailes. Es probable que se recurriera a la población mulata de la llamada “puebla de los pardos” de Cartago. Uno de los frailes, Pablo de Rebullida, se adelantó y marchó solo hacia Talamanca, en tanto que fray Francisco de San José salió de Cartago junto con los treinta soldados rumbo a la costa del Caribe. La expedición se dirigió en primer lugar al puerto de Portete en la zona del Caribe central. Allí los soldados y el fraile se embarcaron en dos canoas con las cuales se dirigieron hacia el sur. Fue así como llegaron primero a la isla de Tójar, donde fray San José llamó al cacique Quenamaza que conocía por una visita previa. Como nadie respondió, cinco hombres se internaron en la vegetación; pero sólo habían caminado unos cuantos pasos cuando salieron del bosque treinta indígenas terbis disparando furiosamente flechas y lanzas contra el pequeño grupo de españoles. Los cinco cayeron heridos y cuatro de ellos murieron: dos soldados y dos esclavos negros.

Luego de que fray San José recibiera una lanzada, los españoles decidieron no desembarcar sino continuar viaje rumbo a Portobelo en busca de refuerzos. No obstante, de camino se detuvieron en la región de Bocas del Toro donde fueron bien recibidos por los indígenas guaimíes, pero allí se hundió una de las canoas y se perdieron todos los bastimentos. Al final, fray Francisco de San José logró viajar con ocho soldados a Portobelo en una pequeña canoa que les fue suministrada por los guaymíes.

Regresó de Portobelo con dos balandras con las que intentó ingresar por el río La Estrella, pero las embarcaciones no pudieron cruzar la barra del río. Entonces, los frailes decidieron que una balandra fuese a Matina y otra a Portobelo en busca de más provisiones. Después de todas estas peripecias, el proyecto fracasó como consecuencia de que “ochenta franceses levantados”, es decir piratas, llegaron a Matina y se apoderaron de la balandra que allí se encontraba, y secuestraron también a diez hombres (Fernández, 1886, pp. 399-404).

A pesar de las dificultades encontradas, los frailes continuaron intentando llevar adelante la evangelización. Fray Francisco de San José partió nuevamente desde Matina hacia Portobelo. Allí consiguió una fragata y pudo reclutar una fuerza de 20 soldados.

En el mes de junio de 1703, fray Francisco de San José logró finalmente salir con una balandra desde Portobelo. Traía unos pocos hombres y algunos pertrechos que pensaba

descargar después de ingresar por la desembocadura del río Tarire. Como la balandra no pudo atravesar la barra, la embarcación se vio obligada a desembarcar los hombres en la playa en un sitio nombrado *Querey*. Desde allí avanzaron por tierra hacia *Suretka*, aunque en esta ocasión los indígenas evitaron el contacto con los españoles. Al final, sin lograr nada, fray San José regresó a Matina para de allí pasar a Cartago.

Entretanto, el fraile Pablo de Rebullida, con el apoyo de los pocos soldados disponibles, comenzó a forzar a los indígenas terbis a trasladarse desde Talamanca hacia el poblado de Térraba, fundado en la región del Pacífico sur. Según escribe, en un informe fechado en 1702, los talamancas y los cabécares sumarían unas 2.400 personas, en tanto que los terbis, toxas (tójares) y chánguenas alrededor de 4.000. Sin embargo, el mismo fraile indica que ésta cifra es aproximada, puesto que le resultaba imposible contabilizar fiablemente los indígenas que habitaban la región, pues, afirmaba: "no se pueden contar todos por no estar todos juntos; y cuando quiero contar los de un pueblo, ó bien faltan muchos, ó si pregunto por cada uno en particular los niegan" (Fernández, 1886, p. 406).

De acuerdo con fray Pablo de Rebullida, los térrabas (teribes del Norte), toxas (tójares) y chánguenas se habían sublevado contra los españoles e igualmente hacían la guerra a los talamancas por su supeditación a los frailes. No obstante, el control que ejercían los sacerdotes sobre estas últimas poblaciones indígenas era muy relativo, pues, como el mismo religioso señalaba, los indígenas no se dejaban bautizar a menos que se les diese una "*buena paga*". Indicaba que "*si acaso se bautiza alguno sin pagarlo, me dan baldones*", es decir, golpes. Por tal razón, recomendaba que para lograr la evangelización se les repartiese a los indígenas "*herramientas*" (hachas, machetes, azadas y palas), así como "*limosna de reses*", única forma de lograr, según sus palabras que "*se fuesen amansando y dejando el odio que tienen contra los españoles.*"

El propio fray Pablo de Rebullida era consciente de que esto no bastaba, e insistía en la indispensable permanencia de una guarnición de soldados en la región como garante de la evangelización de los indígenas. Afirmaba que sin soldados no se lograría que los indígenas aceptasen el bautismo.

Los frailes insistían en la necesidad de contar con el apoyo de una guarnición de al menos 80 soldados como único medio de inspirar el "*miedo necesario*", como decían,

para evitar que los indígenas mataran a los frailes y abandonaran los pueblos de misión. Era claro que, para los españoles, la única manera de avanzar en la evangelización era por medio de las armas, es decir, llevando soldados para amedrentar a los indígenas. Un fraile escribió que bastaba que los indígenas "oyeron decir que iban soldados y con sola esta noticia, no faltaba alma alguna en la iglesia, porque los españoles (dicen nuestros indios) con sus escopetas pueden mucho". (Fernández, 1886, p. 410).

Los indígenas que aceptaron el traslado desde la región de la costa del Caribe hacia los territorios del Pacífico sur para asentarse en los pueblos de reducción fundados en Boruca y Térraba, lo hicieron presionados por la necesidad de huir de los ingleses y miskitos, quienes entraban desde la costa remontando los ríos que bajan de la Cordillera de Talamanca hacia el Caribe. Los frailes prepararon el traslado de un considerable número de indígenas, alrededor de 600 (Reverte, 1966, p. 78).

En 1705, los frailes escribieron sobre su proyecto de trasladar a los indígenas talamancas hacia los pueblos de reducción de San Juan de Teotique (Tuis), San Juan de Aoyaque (Atirro) y Tucurrique. Los terbis, por su parte, deberían ser trasladados a Térraba, en tanto los chánguenas a Boruca (Thiel, 1983, p. 65).

Para llevar a cabo este enorme traslado de población, las autoridades franciscanas enviaron nuevamente al enérgico fraile Antonio Margil a Costa Rica. Este llegó a Cartago en 1705 y pronto los frailes partieron con rumbo a Talamanca, escoltados por un grupo de soldados.

Los soldados se establecieron en San José Cabécar donde construyeron una empalizada y desde este lugar se organizaban en patrullas que realizaban incursiones para apresar indígenas que eran llevados hacia Urinama, a orillas del río Telire, así como a Chirripó.

A finales de 1706, gracias a la presencia de los soldados, los frailes habían logrado congregar cierto número de indígenas de la nación Cabécar en los pueblos de misión que acaban de fundar, nombrados San Bartolomé, Santo Domingo y San José, donde "*se hizo la iglesia y casa del cabildo para los soldados*". Luego, uno de los frailes se internó en territorio de los biceítas, en la zona limítrofe sur de la gobernación de Costa Rica.

A fines de 1706 los frailes informaban que estaban erigiendo tres iglesias "*en la nación Talamanca*". Por otro lado, calculaban que entre cabécares y talamancas habría unos tres mil indígenas, entre los cuales habían sido bautizados 150 niños, logrando también que algunos se fuesen "*casando a consejo de los españoles*", es decir, de manera monogámica. Con relación al pueblo de San Bartolomé de Urinama, indicaban que había sido abandonado con anterioridad y que sólo recientemente algunos indígenas aceptaron regresar y comenzaban a levantar sus casas, las que a la fecha (16 de noviembre de 1706) sumaban unas catorce. En opinión de los frailes, aquellos indígenas que habían aceptado "*la paz con los españoles*" comenzaban a ser reducidos principalmente al otro lado de la cordillera, en el pueblo de los "Tejabas (térrabas) cerca de Boruca" (Fernández, 1886, pp. 438-440).

Un año más tarde, las misiones habían progresado y los frailes calculaban haber bautizado a unos ocho mil indígenas, a la vez que cifraban esperanzas de tener completamente pacificada Talamanca en poco tiempo. Así podrían iniciar la evangelización de los guaymíes, quienes ocupaban las montañas occidentales de Panamá.

En agosto de 1707, los terbis, quienes habían mostrado una actitud sumamente hostil, aceptaron a los frailes cuando estos entraron a su territorio con la protección de una columna de veinte soldados. En esta ocasión, 14 caciques con sus parcialidades aceptaron someterse (Thiel, 1983, p. 66).

Los frailes informaron que, desde el pueblo de Purísima Concepción, hasta donde vivían estos teribes o terbis, había dos días de camino, y que los indígenas terbis, junto con los de la isla de Tójar, sumaban unos dos mil. Por otro lado, afirmaban que, recientemente, teribes y talamancas habían dejado de enfrentarse (Fernández, 1886, pp. 445-447).

A principios del año de 1709, los frailes Antonio de Andrade y Pablo de Rebullida informaban de los avances logrados en el proceso de congregación de indígenas, así como del alto número de párvulos bautizados. Igualmente, insistieron en la importancia de mantener soldados en la región, único medio para lograr la evangelización en Talamanca (Fernández, 1886, p. 450).

De acuerdo con lo que informaban los frailes, los indígenas del territorio del Caribe sur sumarían unos cinco mil, divididos así: tres mil cabécares y talamanca, y dos mil entre teribes y habitantes de la isla de Tójar. Estos eran los que habían aceptado la paz con los españoles, pero, más allá, a dos días de camino, se encontraban los indígenas chánguenas, hostiles a los teribes y a la presencia de los frailes y soldados. Estos sumarían unas cinco mil personas, sin contar el número de los que habían sido sacados de las montañas y trasladados al pueblo de Chiriquí (en jurisdicción de la Audiencia de Panamá). Más lejos todavía, en territorio adscrito a la jurisdicción de la Audiencia de Panamá, se encontraban los indígenas de las naciones zeguas, almirantes y guaymíes, que los frailes calculaban podían ser unos ocho mil (Fernández, 1886, p. 452).

La fundación de pueblos de reducción en Talamanca se celebró como un gran éxito por parte de las autoridades civiles y religiosas en Guatemala; pero los indígenas se encontraban en una situación desesperada: no solo odiaban y temían a los soldados españoles, sino que, como consecuencia de las enfermedades que se habían propagado desde la llegada de los misioneros y los soldados de la escolta, habían perecido unos 300 de sus niños. Por otro lado, la colaboración con los españoles no había impedido que los miskitos y sus aliados ingleses continuaran ingresando en Talamanca para apresarlos y llevarlos a Jamaica. Recientemente, una expedición de estos “zambos-mosquitos” había entrado en territorio de los urinamas, llevándose gran número de ellos.

Para setiembre de 1709, los frailes habían logrado concentrar bastantes indígenas en los pueblos de reducción misional y se aprestaban a realizar nuevos traslados de población hacia la región del Pacífico sur y hacia otros pueblos de reducción. Así lo indican en un informe escrito a principios de ese año:

“para principios de febrero saldremos para el paraje de Chirripó en compañía de los quince hombres para ejecutar lo que queda dicho; y cumplido el tiempo, como decimos (...) entraremos con toda la infantería de los treinta hombres adentro, sacaremos los primeros tres pueblos que llamamos San Bartolomé Urinama, Santo Domingo y San Buenaventura...” (Fernández, 1886, p. 456).

Con el fin de poner en práctica este plan, fray Pablo de Rebullida se quedó en San Bartolomé de Urinama para llevar a los indígenas allí concentrados hacia Chirripó.

Entre tanto, Fray Antonio de Andrade se fue a San José Cabécar, en donde se encontraba el grueso de la escolta de soldados. En Chirripó se mantuvo fray Antonio Zamora con algunos soldados. Cada uno de los frailes intentaría, con el apoyo de los soldados, proceder al traslado de los indígenas hacia los nuevos pueblos de reducción.

Frente a la agresiva actitud de los frailes, los indígenas iniciaron la organización de la resistencia y planearon una sublevación generalizada en la que se confederaron diversos grupos étnicos, hasta ese momento divididos. Así se gestó la que fue la mayor sublevación indígena en Talamanca, la que puso término abruptamente al avance misional que los franciscanos recoletos habían comenzado en la década de 1680.

La rebelión indígena de Talamanca en 1709

Pocos meses después de que los frailes iniciaran el traslado forzoso de los indígenas, diversos líderes de las poblaciones talamancas, cabécares y teribes, incluidos los de la isla de Tójar (actual Isla Colón), lograron ponerse de acuerdo para coordinar acciones y, en asociación con los indígenas del pueblo de reducción de Chirripó, atacar sigilosamente a los españoles.

Debido a que la rebelión tomó por sorpresa a los frailes y soldados estacionados en Talamanca, y por el hecho de que los españoles miraron esa acción como una “vil traición”, es difícil obtener una imagen clara de cómo fueron coordinados los ataques. Es evidente que los planes de los frailes misioneros comenzaron a provocar un trastorno insoportable para los indígenas, al forzárselos a desplazarse hacia asentamientos situados en las cercanías de Matina y al otro lado de la Cordillera, en los valles de la vertiente del Pacífico.

Para llevar a cabo una acción de resistencia coordinada, los indígenas tuvieron que superar sus disensiones internas, ya que cabécares, bribris y terbis por lo general mantenían rivalidades entre sí. De allí la importancia de la labor de los líderes locales para superar las diferencias y organizar la resistencia mancomunada contra los españoles.

La revuelta general fue dirigida por los jefes indígenas conocidos como Pablo Presbere y Pedro Comesala. Es poco lo que sabemos sobre ellos. El que tuvieran nombre cristiano es indicación de que habían aceptado previamente el bautizo y pertenecían a pueblos que los frailes habían reducido. Presbere era “cacique” de la parcialidad de Suinsi, tal como lo indican las fuentes españolas. Hoy se considera que este sitio corresponde al actual Suinxy o Tswi'tsi, ubicado en la margen derecha del río Coén, a unos cinco kilómetros al este de San José Cabécar. El investigador Luis Ferrero considera que Pablo fue el nombre escogido a partir del original de este líder, Pabru Presberi. El primero significa “jefe de las lapas” y Presberi, “pozas de aguas tibias o calientes”, aunque también podría significar “lugar de aguas salobres” (Bozzoli, 1983, p. 54). Según lo consignaron los propios frailes, antes de 1706, cuando los misioneros entraron con soldados armados, Presbere rehusó bautizarse y mostró gran oposición a los misioneros. Al final, aceptó el bautizo con el nombre de Pablo, probablemente por temor a los soldados, o bien, para ganar tiempo mientras maduraba sus planes de rebelión.

En cuanto al otro importante líder de la revuelta de nombre Comesala, es muy poco lo que quedó consignado en la documentación. Era un jefe indígena cabécar, cacique de las parcialidades donde los frailes fundaron la iglesia de Santo Domingo de Urinama, es decir, en las alturas que dividen Alto Telire y Alto Coén. (Barrantes, 1985, p. 28).

Ambos jefes sigilosamente organizaron el acopio de lanzas fabricadas con madera endurecida al fuego y rodela (escudos) de cuero. Estas eran las únicas armas de que disponían los indígenas y con las que tendrían que enfrentarse a los soldados armados con mosquetes, alfanjes y machetes. Suinsi fue escogido para reunir a todos los guerreros que irían a participar en las acciones contra los españoles.

Desde Suinsi, Presbere se puso al mando de un grupo de cabécares y de terbis para dirigirse hacia el poblado de San Francisco de Urinama, donde se encontraba fray Pablo de Rebullida. Según un informe posterior, los indígenas que participaron en el ataque procedían de varios de los pueblos fundados por los frailes en Talamanca: San Juan de la Santísima Trinidad, San Buenaventura, San Miguel, San Agustín, Jesús Cabécar, Santo Domingo, Tuína y Cachaberí. El ataque tomó por sorpresa al fraile Pablo de Rebullida y sus pocos acólitos. Rebullida murió de una lanzada y luego los indígenas decapitaron su

cadáver (Fernández, 1907, pp. 72-119). Recuperar y conservar la cabeza de un enemigo importante era una manera de apropiarse de los poderes que éste disfrutaba en vida.

Entre tanto, Comesala y los indígenas de Santo Domingo se encaminaron hacia el poblado de Chirripó, donde dieron muerte a fray Antonio de Zamora, a dos soldados y a la mujer e hijo de uno de ellos. Posteriormente, el día 28 de setiembre, otra numerosa fuerza de indígenas procedentes de los pueblos de San Buenaventura, Santísima Trinidad, San Miguel, San Agustín y Jesús, armados de lanzas y broqueles (escudos pequeños), atacaron el pueblo cabécar de San Juan, donde se encontraba fray Antonio de Andrade en compañía del cabo don Francisco de Segura y 23 soldados. Los indígenas atacaron por sorpresa y mataron a cinco soldados, en tanto el resto huyó a duras penas hacia el pueblo de Tuis, hasta donde los persiguieron los guerreros armados de lanzas y macanas.

Aunque los españoles trataron de resistir en Tuis, al final no soportaron el asedio de los indígenas y optaron por emprender la retirada hacia Cartago. Al huir, dejaron trece muertos en las montañas, entre los cuales estaban dos frailes, los soldados, la mujer y el niño de uno de ellos, así como algunos indígenas acólitos de los sacerdotes.

Después del ataque, los indígenas procedieron a quemar sistemáticamente las capillas, los conventos y las casas de cabildo que habían erigido los españoles. También destruyeron las imágenes y objetos sagrados de los frailes, ya que todos estos símbolos representaban una amenaza para su orden tradicional. Tan solo se salvaron las dos iglesias de Santa Ana y San Antonio en territorio de los indígenas bribbris, quienes no participaron en el alzamiento. (Thiel, 1983, p. 135). La obra misional de dos décadas quedó así destruida y los indígenas recuperaron el control de su territorio.

Las fuentes documentales indican que en la rebelión participó la mayor parte de las comunidades autóctonas de la región de Talamanca. Transcribimos parte de la extensa carta-informe escrita en Cartago el 21 de octubre de 1709 por fray Antonio de Andrade, el único de los frailes que escapó con vida durante la sublevación:

...“el día 28 de Setiembre se armó contra nosotros a guerra, con tan bárbara crueldad, cual no ejecutara sino el hereje más tirano, pues no solo mataron los

indios de dicha conquista a diez soldados, una mujer y a los padres compañeros fray Pablo de Rebullida y fray Antonio Zamora, a traición, estando la mitad de ellos enfermos, sino que pegaron a los cuerpos fuego, quemando iglesias y todo, robaron todos los ornamentos y cosas de ropa de las iglesias y quemaron las imágenes de los santos, y en fin, todo cuanto juzgó de maldad su malicia ejecutó su tiranía. Escapó el Cabo-Gobernador de los treinta hombres y diez y ocho soldados y de ellos salieron dos heridos, y por más amparo divino que defensa natural, porque se conjuró toda la conquista, desde los Urinamas hasta la Isla de Tójar, y todas tres naciones cabécaras, talamancas y térrabas se coligaron como estoy informado, y solo no cooperaron los de Chirripó; pero de los demás, los que no pelearon lo supieron, consintieron y lo callaron los que nos podían avisar” (Peralta, 1886, pp. 134-135).

Otros datos indican que a la rebelión se iban a sumar los indígenas concentrados en el pueblo de Boruca, o al menos así lo informaron algunos de los rebeldes capturados posteriormente. Estos dijeron que emisarios procedentes de Boruca les habían prometido rebelarse y cortarle la cabeza al padre fray José Rosas, cura doctrinero de Boruca. Sin embargo, no se conocen las razones por las cuales los borucas no participaron.

Represión española, captura y ejecución de Pablo Presbere

En Cartago, el gobernador Lorenzo Antonio de la Granda y Balbín, quien era un curtido militar, veterano de las guerras de Flandes y anterior gobernador de una provincia de Nueva Granada (actual Colombia), inició los preparativos para enviar una expedición de “castigo” a los rebeldes. Sin embargo, carecía de suficientes armas de fuego. Según una carta que le escribió al Rey, las pocas disponibles en Cartago estaban totalmente oxidadas. Por ello solicitó armas de fuego y blancas al Capitán General de Guatemala, las que fueron despachadas vía marítima desde Guatemala en noviembre de 1709. A principios de 1710 se recibió en Cartago el armamento: 100 armas blancas y 75 de fuego, 832 libras de pólvora, 4.000 balas, así como 4.000 pesos en dinero metálico (Fernández, 1975, p. 120)

Entretanto, el gobernador inició la leva de hombres y organizó la expedición que partiría rumbo a Talamanca, compuesta por 190 hombres. Fue necesario procurarse todas las provisiones de comida y municiones que se iban a requerir en ese lugar alejado de Cartago y donde probablemente los expedicionarios no iban a poder alimentarse de los plantíos de los indígenas.

En febrero de 1710, el gobernador, acompañado del fraile Antonio de Andrade, salió de Cartago a la cabeza de 120 hombres. Tomó rumbo hacia el sudeste en dirección de Boruca, en tanto que su teniente, el maestro de campo José de Casasola y Córdoba, y el resto de la tropa, se dirigieron hacia el norte. Este último grupo, luego de pasar por los pueblos de reducción de Ujarrás y Atirro en el Valle del Reventazón, se internó en territorio de Talamanca. Ambos grupos planeaban encontrarse en Cabécar.

Llegado a Boruca, el gobernador de la Granda y Balbín procedió a reclutar indígenas locales para emplearlos como cargadores y auxiliares de los soldados que se disponían a cruzar la cordillera e ingresar en Talamanca. Antes de su partida emitió una proclama para que llegara a oídos de los “apóstatas”, como fueron calificados los indígenas rebeldes. Les ofreció perdonarlos si aceptaban nuevamente someterse a la autoridad de los españoles, pero los amenazó con que si no se rendían los declararía “rebeldes, traidores” y en consecuencia, dijo: “merecedores de quemarlos vivos, como lo experimentarán en la guerra que desde luego les publico a todos los que no vinieren a dar la obediencia al Rey mi señor” (Peralta, 1886, p. 136).

Emitida esta proclama “a son de caja (tambor) y trompeta”, el gobernador mandó abrir un sendero en la montaña para comunicar Boruca con Biceíta, al otro lado de la cordillera. Aquí los indígenas prefirieron ponerse de parte de los españoles, probablemente por miedo a la numerosa tropa. Esto permitió al gobernador pasar hacia Cabécar, donde luego se le unió la fuerza militar encabezada por Casasola y Córdoba, que había llegado por el camino de Chirripó.

Granda se internó posteriormente en la montaña con destino a Cabécar y, en el curso de esta expedición, logró capturar al líder rebelde Pablo Presbere. Para ello se valió, según dijo, de un ardid. Entretanto, Casasola y sus hombres, una vez que se internaron en Talamanca, se desplazaron lentamente y con gran cautela. Una columna se separó del

destacamento principal e hizo un reconocimiento del pueblo de Chirripó. Allí encontraron los restos del fraile Zamora: la cabeza desprendida del tórax y éste atravesado por una lanza hecha de madera de pejibaye. En Urinama encontraron un panorama similar: Rebullida había sido decapitado, pero no apareció su cabeza. Los españoles recogieron sus restos, los que fueron llevados a Cartago para darles cristiana sepultura.

En abril de 1710, Casasola y Granda juntaron sus fuerzas en Cabécar. Por espacio de varias semanas se dedicaron a rastrear a fondo montañas y sabanas en todas direcciones, y lograron capturar a varios de los dirigentes de la rebelión, entre los que se mencionan a Melchor Deparí, Pedro Bettuquí, Pedro Boquerí o Bocrí, Antonio Iruscara o Huerascara y Baltasar Siruro. No obstante, el cacique Comesala, considerado junto con Presbere uno de los principales dirigentes de la sublevación, logró escapar. Aparentemente buscó refugio en las partes altas de las montañas. Aunque se ofreció la paz a los rebeldes que se rindieran, éstos prefirieron huir. Los españoles encontraron así que los indígenas habían quemado sus campos y colocado numerosas trampas, poniendo afiladas estacas en el fondo de hoyos que luego cubrían con maleza (Fernández, IX, 1907, pp. 105-106)

Los soldados asentados en Cabécar permanecieron más de un mes en la región, rastreando el territorio con el fin de aprisionar el mayor número de indígenas posible. En el mes de junio ya habían capturado unos 700.

Una vez que las lluvias volvieron difícil la permanencia en la región, los soldados emprendieron el regreso llevándose a todos los indígenas que habían logrado capturar. De los 700 indígenas aprisionados, los documentos indican que unos 200 murieron o huyeron. Tal como lo había prometido el gobernador, estos indígenas fueron repartidos entre los expedicionarios, quedando así en una condición similar a la esclavitud.

Aunque la expedición fue enviada para castigar a los rebeldes, los españoles aprovecharon su entrada armada en Talamanca para tratar de hacer por la fuerza lo que no habían podido llevar a cabo los frailes, es decir, apoderarse de mano de obra indígena; pero 500 indígenas eran pocos comparados con los miles que los misioneros habían pretendido concentrar en las reducciones de las misiones franciscanas. Nueve años más tarde, el gobernador de Costa Rica informaba que de los 500 indígenas

capturados, habían perecido cerca de 300 como consecuencia de la viruela y el sarampión.

En cuanto a los líderes rebeldes, éstos fueron interrogados en Cartago por las autoridades coloniales por medio del traductor Cristóbal Chavarría, quien dominaba diversas lenguas que hablaban los indígenas. A Chavarría se le describe como pardo libre y vecino de Cartago, criado entre los indios y asistido a los misioneros como traductor. Al final, la acusación se centró en Pablo Presbere, a quien el gobernador de la Granda y Balbín condenó a muerte, acusándole de ser el instigador y dirigente de la rebelión.

A Presbere se le impuso la pena capital bajo el cargo de rebelde al Rey. Los documentos indican su comportamiento altivo. Aunque no dominaba la lengua española, dio su testimonio en la suya, el bribri. Varios indígenas le acusaron de ser el principal instigador y ejecutor de la rebelión, pero Presbere no esquivó la acusación y se negó a señalar como cómplice a alguno de sus correligionarios, pues cuando se le preguntó “si conocía que otros indios (...) sean cómplices en el alzamiento y muerte: dijo que no sabe ni oyó decir que ninguno de los dichos indios hiciese tal cosa”. Aunque se le hicieron otras preguntas y repreguntas en razón de la dicha conspiración y muerte de los misioneros y soldados, simplemente señaló que “dice lo mismo que tiene dicho”. Es decir, se negó a dar detalles (Barrantes, 1985, p. 48)

Se le preguntó en el interrogatorio: *“cómo se llama, de á dónde es natural, que edad y oficio tiene”*, a lo que respondió: *“que se llama Pablo Presbere y que es de la nación que llaman Suinse en la Provincia de Talamanca y que es cacique de dicha nación”*. Como no pudo decir su edad, las autoridades que lo interrogaron dijeron que por su aspecto *“parece ser de más de cuarenta años”*.

Como justificación de la rebelión, dijo que los indígenas de “Tuina, Cabécar y San Buenaventura y los de San Juan y Santo Domingo” observaron a los frailes y soldados escribir papeles para enviar a Cartago. Así se corrió la voz entre los indígenas de que por este medio pedían soldados para que vinieran a sacar a los indios de sus pueblos, y que por ello decidieron atacarlos.

El 1 de julio de 1710 se le condenó a muerte por medio del garrote vil, método de ejecución reservado a rebeldes y criminales, pero como no había en Cartago tal instrumento de muerte, el gobernador decidió que fuese *“arrimado a un palo, vendados los ojos, ad modum belli sea arcabuceado (...) y luego que sea muerto le sea cortada la cabeza y puesta en el alto que todos la vean en el dicho palo.”* La sentencia se cumplió el 4 de julio de ese año.

El gobernador dejó abierta la causa contra los demás líderes indígenas implicados en el alzamiento de 1709, y quedó a la espera de mayores pruebas para dictar la sentencia. Dada la escasez de brazos en Cartago, los indígenas llevados a Cartago fueron repartidos entre los españoles que participaron en la expedición. Por su parte, otros dirigentes indígenas capturados, según indican los documentos, murieron en la cárcel, como Pedro Boquerí o Bocrí.

Después de la sublevación indígena y de la represión subsiguiente, los frailes solicitaron al Rey apoyo para relanzar la campaña misional. El Rey escribió entonces a las autoridades de Guatemala pidiéndoles que elaboraran un plan para reanudar las misiones en Talamanca; pero poco después un gran terremoto asoló la ciudad de Santiago de Guatemala y todo lo planeado cayó en el olvido. (Fernández Guardia, 1975, pp. 194-195, Fernández, 1886, p. 488).

Desde el punto de vista de los indígenas de Talamanca, aunque habían sufrido como resultado de las acciones de las expediciones punitivas enviadas desde Cartago y lamentando la captura de 700 de sus congéneres, la rebelión constituyó un gran éxito: los españoles tuvieron que abandonar la región del Caribe sur como consecuencia de la rebelión, por lo que recuperaron su independencia y soberanía sobre el territorio de Talamanca. El sacrificio de Presbere quedó grabado en la memoria colectiva de los indígenas y se mantuvo en la tradición oral de las poblaciones de Talamanca hasta el día de hoy, aunque como simple historia (Bozzoli, 1985, p. 67).

Conclusiones

La rebelión de los indígenas de Talamanca en 1709 debe situarse en el contexto internacional de la región centroamericana y del Caribe durante los años de finales del siglo XVII y comienzos del siglo XVIII.

El incremento de la actividad misional en Talamanca fue consecuencia de una campaña de las autoridades españolas, civiles y religiosas, encaminada a afianzar su dominio en las regiones que consideraban podían ser ocupadas por naciones extranjeras.

Los misioneros españoles lograron avanzar en la evangelización de los grupos indígenas de Talamanca gracias al apoyo de un grupo de soldados establecidos en la región. También iniciaron el traslado forzoso de población desde los caseríos tradicionales indígenas hacia nuevos centros de población (reducciones) situados a ambos lados de la Cordillera de Talamanca.

Frente al avance español, los indígenas lograron superar sus divisiones internas para formar un frente común de oposición y lanzar mancomunadamente un ataque simultáneo y sorpresivo sobre los misioneros y soldados. Participaron en el movimiento diversos jefes indígenas, pero sobresalieron dos líderes: Pablo Pesbere y Francisco Comesala. El primero fue capturado y ejecutado en Cartago, en tanto el segundo logró huir.

La rebelión detuvo el avance misional en Talamanca: los pueblos de reducción fueron destruidos y los indígenas lograron recuperar su independencia. Pasarían décadas antes de que los españoles intentaran regresar a este territorio.

El nombre de Presbere quedó grabado en la memoria colectiva de los indígenas talamanqueños como símbolo de su resistencia contra los foráneos invasores.

Bibliografía

Archivo Nacional de Costa Rica, Departamento Histórico, serie Cartago número 222, enero de 1719.

Archivo Nacional de Costa Rica, Departamento Histórico, serie Complementario Colonial, número 5213, diciembre de 1790.

Barrantes, C. (1985). "Los caminos de Pablo Presbere en la época colonial". En *Comisión Nacional de Nomenclatura: Relación de Actividades*. San José, Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes.

Bozzoli, M. E., et al. (1985). "Los caminos de Pablo Presbere en 1983". En *Comisión Nacional de Nomenclatura: Relación de Actividades*. San José, Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes.

Fernández, L. (1886, 1907). *Colección de Documentos para la Historia de Costa Rica, tomos V, VII, IX*. París, Barcelona, San José.

Fernández, L. (1975). *Historia de Costa Rica durante la dominación española*. San José: Editorial Costa Rica.

Fernández Guardia, R. (1975). *El descubrimiento y la conquista*. San José: Editorial Costa Rica.

González, P. (1988). "La conquista". En *Desarrollo institucional de Costa Rica: de las sociedades indígenas a la crisis del 30*. San José: Ediciones Guayacán.

Humboldt, A. (1971). *Del Orinoco al Amazonas*. La Habana: Instituto Cubano del Libro.

Peralta, M. M. (1886). *Límites de Costa Rica y Colombia (1573-1821)*. Madrid: Librería M. Murillo y París: Ernest Leroux, Editor.

Prado, E. (1983). *La orden franciscana*. San José: Editorial Costa Rica.

Reverte, J. M. (1966). *Los indios teribes de Panamá*. XXXVII Congreso Internacional de Americanistas.

Ríos, E. E. (1959). *Life of fray Antonio Margil*. Washington D. C.: Academy of American Franciscan History.

Ruz, M. H. (1991). "Melodías para el tigre. Pablo de Rebullida y los indios de la Talamanca (1694-1709)". *Revista de Historia*, (23).

Thiel, B. A. (1983). *Datos cronológicos para la historia eclesiástica de Costa Rica*. San José: Comisión Nacional de Conmemoraciones Históricas.

Weisman, B. R. (1992). *Excavations on the Franciscan Frontier*. EE.UU.: University of Florida.